

OSCAR O. CHAVEZ

La Capilla de las Rosas



Esta novelita corta la escribió su autor el año 1904, para la revista "América Literaria"; pero no vió la luz sino en 1910 en "El Libro" de Huancayo, de donde la sacamos para darla a conocer a nuestros lectores esperando que sea de su agrado por tratarse de temas nacionales y de males que aquejan a nuestros pueblos.

LOS REDACTORES



HUANUCO

BIBLIOTECA DE "EL HUALLAGA"

1918

OSCAR O. CHAVEZ

Al señor Dr. José de
la Riva Agüero, en
testimonio de admira-
ción

Academia

La Capilla de las Rosas



Esta novelita corta la escribió su autor el año 1904, para la revista "América Literaria"; pero no vio la luz sino en 1910 en "El Liberal" de Huancayo, de donde la sacamos para darla a conocer a nuestros lectores esperando que sea de su agrado por tratarse de temas nacionales y de males que aquejan a nuestros pueblos.

Los Redactores.



HUANUCO

BIBLIOTECA DE "EL HUALLAGA."

1918

La Capilla de las Rosas

— 0 —

El sol ocultando su disco tras de los altos cerros, donde la nieve perpétua blanquea, apenas si doraba con su luz ya pálida y mortecina, vecina del crepúsculo, los rojos tejados de las casitas del pequeño pueblo de X, enclavado en el corazón mismo de la sierra.

A la puerta de la casa parroquial, viejo caseron, medio derruido, por cuyas paredes trepaba la hiedra y en cuyos aleros se arrullaban torcazas enamoradas, a esahora, vecina del crepúsculo, llegaban, mojados por la lluvia, dos viajeros.

El uno joven y apuesto, ostentaba ya sobre su labio superior, algo rosado, lijero bozo que le daba aire varonil: tenía toda la gallardía de los hombres de nuestra raza. El otro, alto, grueso, moreno, entrado en años, era sin duda su guía. Por la manera desenvuelta como se dirigía daba a comprender que era *baqueano*.

Ambos fueron acojidos con marcadas muestras de júbilo por el dueño de casa, venerable levita cuyos blancos cabellos caídos en desorden sobre su ancha frente, surcada por profundas arrugas, le daban un aire mas venerable todavía. Era don Gregorio, el párroco del pueblo.

Dejemos a nuestros viajeros gozar del descanso y de la franca hospitalidad del buen cura y trasladémonos a tres kilómetros de distancia.

*
* *

Bajando por un sendero estrecho, abierto sobre la peña viva y a trechos sobre cerros deleznable, cortados por caídas de agua que

descienden al fondo del valle, no tardaremos en admirar la belleza del paisaje, copia sino fiel, muy aproximada sin duda de esos celebrados paisajes de la Suiza.

Sobre una superficie tapizada de vegetación, a lo lejos limitada por altísimas montañas coronadas por enormes casquetes de plata bruñida, que no otra cosa semejan allí al ser heridas por el sol de las punas las nieves eternas, parece el valle una inmensa esmeralda caída de los cielos entre esas cumbres que se pierden envueltas entre jirones de nieblas.....

En ese hermoso rincón, de peregrina primavera que esconden los Andes, está la hacienda llamada «El Ingenio».

Si nos detenemos a la puerta de la casa de hacienda notaremos un movimiento inusitado tan de madrugada.

En el corredor varias indias vestidas con *anacos*, dándose prisa, amasan unas, matan sin compasión otras, aves de corral, mientras diligentes mocetones despellejan y cuelgan abiertos en cruz, gordos carneros.

La casa es bonita: sus paredes blanqueadas muestran simétricas ventanas a uno y otro lado de la puerta principal, con los barrotes pintados de verde claro, el techo en declive, como toda construcción de la sierra, tiene rojas tejas que le dan tonalidades vivas en medio de ese mar de verdura, que como un verdadero océano se extiende hasta perderse de vista, allá, en las lejanías donde los montes nacen apretados y oscuros.

En la hermosa *quinta* se prepara una fiesta.

La dueña, señora Julia Bracamonte de Perez, respetable matrona que aún lleva luto por su esposo, aguarda a su hijo, que concluida su instrucción en uno de los mejores colegios de la capital, torna al suelo querido donde nació, donde reposan los restos de su padre y donde talvez él reposará algún día.

Aún cuando la familia está de duelo, la animación que allí se nota, es precursora de alegría.

La presencia de un hijo en cualquier instante, es siempre un acontecimiento para una madre.

La hija única de la viuda de Perez, preciosa niña de quince años, muy floridos, forma ramos de claveles, los aprisiona en elegantes jarrones de porcelana, algo exóticos por aquellos sitios, y los va colocando sobre el blanco damasco de la familiar mesa de comedor.

Entraba la mañana y la naturaleza parecía sonreír, cuando los

dos viajeros que la tarde anterior vimos apearse a la puerta de la casa parroquial, llegaban al Ingenio.

Un abrazo apretado de la madre recibió al hijo que con los ojos húmedos por la emoción, correspondió con igual demostración de afecto.

*
**

Tres semanas hacían que en el pueblecito de X., se encontraba Luisa Moray, distinguida señorita limeña, que había ido en busca de salud.

El clima frío de la sierra,—le había dicho el médico que la asistió en su última enfermedad,—será el único remedio que cure su dolencia. Y la madre de Luisa temerosa de que agravara su hija convino en mandarla al lado de un hermano de su difunto esposo, que hacía años había establecido su residencia allí, dedicado al comercio.

Efectivamente, la enferma encontró en los primeros días algún alivio: la tos que la desgarraba el pecho era menos cruel e insistente, la sangre que esputaba era menor, la fiebre le había disminuido y comenzaba a recobrar el apetito.

Lo único que la aburría era la monotonía de la sierra: todos los días iguales. Así deberán trascurrir en el presidio pensaba Luisa y hojeaba uno que otro libro de los pocos que tenía la mal llamada biblioteca de su tío, viejo comerciante que solo pensaba en el tanto por ciento.

Luisa se consumía entre el aburrimiento y la fiebre de la tísis.

En esos pequeños pueblos de sierra no hay sociedad, ni distracción posible.

La gente vive en un aislamiento agreste.

El egoísmo provinciano levanta barreras entre las familias y fuera de uno que otro día en que se reúnen para festejar algún acontecimiento del que muchas veces resultan pendencias y casi siempre chismecillos, no hay esas dulces fruiciones que dá la amistad en el seno de una culta sociedad.

De ordinario las familias acomodadas se retraen en sus fundos.

Y como Luisa no era del lugar su aislamiento era mayor.

Una que otro vez en que sintiéndose aliviada salía a dar un paseo tocaba a la puerta de alguna pobre anciana, a quien consolaba con su palabra llena de ternura.

Las vírgenes que se consumen en la soledad tienen un no se que de idealismo tan vago como seductor. Eso, unido a su angelical carácter, hacía de la niña enferma un angel bienhechor en el hogar de los pobres a quienes socorría a menudo con limosnas y consuelos.

Allí, en plena sierra y cuando tenía apenas dieciocho años, comenzó a vivir.

Solo cuando se sienten los grandes dolores, como los grandes placeres es que se vive y Luisa sintió antes que los placeres los dolores, los inmensos dolores de esa pobre gente de los campos, sacrificada a menudo por la avaricia del juez de paz o del gobernador.

Mas de una lágrima enjugó la caridad de la tierna doncella.

Jamás soñó que los hombres fueran tan malos con sus semejantes.

Espíritu superior, no podía comprender el *porqué* de ese servilismo del indio y protestaba a menudo contra las exacciones de los *gamonales* y contra los atropellos de esas mal llamadas autoridades.

Ella, una débil mujer, ¿qué podía hacer?. Si al menos supiera escribir como Becher Stowe, ya completaría la obra de redención iniciada a favor de la gente de color, por la celebrada autora de la "Cabaña del tío Tom". Como aquella trataría de destruir esa iniquidad humana que se llama esclavitud, que no otro es el estado del humilde hijo de las serranías del Perú, a pesar de las rimbombantes frases de acomodo de los políticos.

*
**

—¿Qué tienes Pituca, con esa cara tan triste?, dijo Luisa, sentándose en el tronco de un árbol que estaba a la puerta de una choza, encarándose con una joven india, que parecía haber llorado mucho.

—Mamacha, ¿cómo quieres que no esté triste?, respondió la interpelada, cuando ayer tarde se llevaron preso a mi hermano Juanuco y todas nuestras cositas para que se haga pago don Visitación, por el adelanto que le hizo el año pasado por lana y ahora el recaudador nos apremia para que le paguemos la contribución rústica.....

—No hay prisión por deudas y de la contribución pueden si no es justa, reclamar a la Junta Departamental.

—Así me dijo el ante año pasado el señor cura y sin embargo, mi padre murió en la cárcel solo por que el doctor Aniceto Lanzafirme, hacendado de Huaripay y vocal de la Corte de X. lo ejecutó por

una deuda que jamás contrajo.

Picada la curiosidad de Luisa, insistió ésta diciéndole a la joven india: ¿cómo fué eso hija? cuéntamé.

—Ay! niña, el corazón se me parte cuando recuerdo nuestra desgracia, y enjugandose una furtiva lágrima, continuó. Cuando el doctor Lanzafirme compró Huaripay, acababan de elejirlo vocal. Nosotros eramos felices: mi madre trabajaba de seis a seis y mi padre que se levantaba con el alba también trabajaba, teníamos mucho ganado cabrío, lanar, porcino y vacuno. A fuerza de ahorros compró los terrenos de Santiago Chuquillanqui, que era el mas rico de la comarca; pero un día, un mal día, llegó don Aniceto, que conocía a mi padre por haber sido juez de la provincia y tocando a la puerta de nuestra casa, ¿qué es de Corillocella? me dijo. Recuerdo, como si hubiera sido ayer, apesar de que estaba muy chica, ¿qué es de Corillocella? insistió con imperio que me heló de susto. La cara del señor me asustó. Temblé de miedo, como presintien lo que algo malo nos traía ese viejo arrugado, sin pelo de barba y mas prieto que nosotros. Voy a llamarlo, le dije y a poco llegó mi anciano padre. Conversaron un rato y cuando se fué el viejo, oía que mi padre le decía a mi madre: el amo de Huaripay, dice que nos tomará bajo su protección y que para impedir que el fisco se eche sobre nuestra hacienda le debemos hacer una escritura simuland de venta; que con él, que es vocal y tiene amigos en Lima, no se meterán. Recuerdo que mi madre, en medio de su ignorancia, le manifestaba sus temores, que mi padre confiado y bonachón, se los discipaba diciéndole: el señor de Huaripay es honrado y como me ha dicho, solo quiere nuestro bien. En la tarde llegó un señor que dijo ser Notario, trajo unos papeles que hizo firmar a mi padre y después se marchó llevándose los.

Meses mas tarde, venía el Juez con el doctor Lanzafirme, le daba posesión de nuestras tierras y ganados y nos expulsaba para siempre de aquello que mis padres regaron con el sudor de sus frentes. ¡La escritura falsa, era el título con que se nos despojaba! Para impedir que mi padre reclamara, le había hecho suscribir una escritura de reconocimiento de deuda y ese mismo día, mientras mi madre lloraba, los gendarmes se llevaron a mi padre a la cárcel, donde el pobre viejo murió de pesar. Mi madre murió seis meses después y solo quedamos en el mundo yo y mi hermano Juan, con esta pequeña parcela que nos dejó nuestra madre y por la que el acotador de las matrículas de contribución nos ha impuesto sesenta soles, que no

podemos pagar, porque apenas si nos alcanzan sus productos para comer!

—Calma, Pituca, eso se arreglará: te exonerarán de la contribución, haciendo ver el despropósito del acotador.

—Ay! ¡mamacha, tu no sabes! El doctor Lanzafirme, que ha agrandado su hacienda con la nuestra y con la de otros infelices que tuvieron, como nosotros, la mala estrella de ser vecino de Huaripay, paga cinco soles! de contribución. La Junta Departamental para admitir nuestra solicitud nos exige antes el pago y después ni siquiera se ocupa de contestarnos, porque somos indios y nada valemos... y la joven india lloraba inconsolable al concluir su narración.

—Lo que me cuentas, dijo Luisa, impresionada visiblemente, es una iniquidad, que subleva el alma. Parece increíble que en estos tiempos se cometiera con la raza aborigen tantos y tan crueles abusos y dices que Lanzafirme, es para mayor sarcasmo Vocal de una Corte de justicia!.....¡Pobre país! y cortando subitamente el hilo de sus reflexiones, dulcificando la voz cuanto pudo agregó: cálmate, Pituca, Juan saldrá y llevaremos tu queja a Lima, a la Corte Suprema, al gobierno, a la prensa y ese mal hombre, ese vocal indigno sufrirá el castigo que merece su avaricia.

—¡El castigo! que saco yo con el castigo de ese viejo, cuando no tengo padre, cuando ha muerto mi madre. Solo quiero que me devuelvan a Juanuco, a mi pobre Juanuco y siguió llorando desolada...

*
* *

El retrato o siquiera la silueta del doctor Lanzafirme, merece párrafo aparte.

Nació en un distrito lejano de Puno, ignorandose su verdadero origen, aún cuando las malas lenguas decían que era hijo del párroco de Inchupalla, en una cocinera de familia acomodada, que se trasladó, por motivo de negocios, a la capital del departamento. Como el chico era listo lo mandaron a la escuela; mas tarde su padrino el cura de Inchupalla, que era ya canónigo, lo mandó a Arequipa y allí se recibió de abogado.

Por influencias del canónigo logró ser secretario de prefectura, al lado del coronel Cascarrabias, con una de cuyas hijas se casó.

El regalo de boda fuè la representación de una de las doce provincias del Cuzco. Ya en el congreso se afilió al partido dominante: nunca dejó de ser gobiernista. Los ministros cuando hacían cálculos

sobre las votaciones, hablando de Lanzafirme, decían pintorescamente, es un voto de "barrieta" y se deshacían en elogios á su fidelidad, la que naturalmente cambiaba según cambiara el que manejaba los destinos del país.

Su alma fria; modelada á la temperatura del clima donde había nacido, era calculadora, intrigante y baja y á fuerza de arrastrarse hizo su camino: llegó á Ministro, fué senador, juez y más tarde vocal de la corte de X.

Como en su niñez conoció de cerca la miseria y la había visto tan fea, se apasionó por ser rico, para lograrlo se humilló primero, aduló después; cuando juez, vendió la justicia, como había alquilado su conciencia cuando político y de vocal, hizo lo que acabamos de oír de boca de la Corillocella.

Este era Lanzafirme, uno de cuyos hijos, el mayor, llamado Ricardo, había heredado sus dotes y su influencia política, por que á la sazón era prefecto de Apurimac.

Desgraciadamente para el país la táctica de Lanzafirme ha formado escuela: sus descendientes son muchos, muchísimos, tanto que es difícil encontrar provincia donde no haya un Lanzafirme.

* * *

—Porqué lloras, tía Antuca? dijo otro día Luisa á una pobre viejecilla de pié descalzo y pollerón haraposo.

Y la mujercilla secando las lágrimas con el revez de su mano apergaminada le contestó: ñiñitay, porque el señor gobierno (así llaman al gobernador en algunos pueblos de la sierra), se lleva a mi Josecha, para mandarlo á Lima á que sea soldado.

—¿Quién es Josecha?

—Mi nieto, ñiñitay.

—Cuántos años tiene tu nieto? replicó la niña.

—Dieciseis cumple por navidad, ñiñitay.

—No te aflijas tía Antuca, yó hablaré con el señor cura y lo soltarán. El "bando" que el otro día han dado dice que los jovenes que tengan diecinueve años son los obligados a servir.

—Digasté ñiñitay, si lo que quiere señor gobierno es que le demos la vaquita negra y no nos quiere creer que ayer tarde se la entregamos a don Doroteo, que nos ha ofrecido sacar la *esección* y sus

pirando, agregaba:

—Ayl mi vaquita negra, que era lo único que teníamos! Mi comadre Trini, viendome llorar por mi Josecha, me recomendó a don Doroteo; pero las vecinas dicen que es un ladronazo, yó solo sé que fuè *abogado* de los Vilcahuaman, el año pasado.....

—Ahl entonces don Doroteo es abogado?

—Mi comadre Trini dice que sabe leyes porque ha sido escribano del juez Lanza firme, y que cuando lo hicieron vocal, dejó la escribanía para defender y que es el mejor *tinterillo* que hay; que gana todos los pleitos por que lo protege el vocal que dice que es su padre.....

*
* *

Acá conviene hacer conocer al lector, por si lo ignora, lo que es esta plaga de los pueblos del interior.

Cuando un muchacho por ocioso o desaplicado no puede pasar de primer o segundo año de media, en los colegios nacionales de provincia, sale a vivir a costillas del padre o de la madre, hasta que estos se mueren o por ser pobres no pueden sostenerlo; entonces patalea. Vé que algunos de sus compañeros mejor dotados terminan sus estudios y se gradúan en alguna facultad y el fracasado, que tiene a menos trabajar, que tampoco tiene aptitudes para ello y que solo sabe, ¡para mal de él i de los demás! trazar letras y que tiene una media ciencia, peor que la ignorancia, como con profundo pensar decía don Nicolás de Piérola, sienta plaza de *defensor*. Para esto no le hacen falta mas que un poco de audacia, que se la dá su ignorancia y la de sus provincianos y un "García Calderón" que se lo presta o se lo compra en cualquier parte y he allí resuelto el problema.

¿Para que conocer la gramática, la filosofía, el Derecho, ni las leyes?

Todo eso está en «García Calderón», lo principal es tener labia y saber engañar; tener compadres, saber corromper las conciencias y eso no se estudia en ninguna Universidad.

El *tinterillo* es el peor enemigo del indio: es un parásito que vive de la ignorancia de los demás, por esto es que tal bicho es desahuciado en los lugares donde la cultura es avanzada y donde la defensa de los mas caros derechos se entregan a manos de personas responsables y que tienen un título de suficiencia.

Con audacia sin nombre suele titularse *abogado*, infringiendo así el mas grave ultraje a tan esclarecida como nobilísima profesión cuyo objeto es la defensa del Derecho, la realización de la Justicia y la serena aplicación de la Ley escrita.

En los pueblos del sur, le llaman los indígenas «Jherggere» (particular pronunciación gutural).

Jueces jóvenes: cuidaos del tinterillo zalamero y obsequioso, tenedlo a distancia, siempre a raya, porque el momento menos pensado os envuelve en sus redes.

Contra esta plaga, mas temible que la bubónica, está el hacer repugnante la figura del picapleitos, convertir muchos colegios nacionales de provincia en escuelas de artes y oficios, ennoblecer el trabajo, poner fuertes patentes a estos «guerrilleros de la defensa» y suspender de hecho en el ejercicio de la abogacía, al que la degrada amparando con su firma la labor siempre nociva del tinterillaje.

El embrollón de don Doroteo, después de apoderarse de la vaca negra no volvió a ocuparse de José, ni de la tía Antonia, ni de nada, comprendiéndolo así Luisa, con su claro talento, se trazó el plan de cruzarlo y le dice con resolución:

—Consuélate tía Antuca, tu nieto no irá y recuperarás la vaca negra.

—Dios pagará *schunqui*, dijo la anciana, besando la mano de Luisa, que acababa de derramar el licor de la esperanza en ese atribulado corazón.

*
* *

La llegada de Alberto al Ingenio, fué un verdadero acontecimiento llamado a formar época en la vida de la familia y de los colonos de la hacienda, que amaban sinceramente a la viuda de Perez y á su hija la bella Amalia, tan caritativa como modesta, porque al contrario de lo que sucedía con otros hacendados trataban a sus operarios y servidumbre con las debidas consideraciones. No los explotaban, ni maltrataban, ni los miraban como seres inferiores de la escala animal. Les daban terrenos para sus cultivos, les pagaban en dinero sus jornales, no les exigian servicios excesivos, ni gratuitos y las numerosas familias que allí vivían y trabajaban, amaban el Ingenio tanto, que nada, ni nadie los habría podido hacer abandonar

sus chozas donde pasaban los días felices sin zozobras, ni ambiciones, por que el indio es resignado, sufrido y quizá este es su gran defecto, poco aspirante.

Acompañado del leal Pedro Cusipoma, el viejo caporal, que no era otro que el mismo que la tarde anterior vimos llegar al pueblo de X. con el joven viajero, salió al amanecer del siguiente día a recorrer su propiedad, en la que proyectaba implantar algunas reformas.

Era una de aquellas espléndidas mañanas de la sierra, en que la naturaleza despierta ataviada, como una novia lista para marchar al altar.

Hermosa y pura. ¡Tal amanecía!

Airecillo un tanto frío purificaba la atmósfera, limpia como un cristal.

Las vacadas pastando en los potreros cubiertos de verde vegetación, humedecida por la escarcha; impacientes terneros apartados de sus madres bramando por saborear el líquido de las repletas ubres y el sonido agudo de los cencerros formando como un concierto daba animación y movimiento a los campos, donde lucía la nota roja, amarilla o azul de los trajes de campesinas afanosas de llenar sus quehaceres domésticos: unas ordeñando las vacas, cuya leche tibia y espumosa azuleaba en las vasijas de cocido barro; otras arrojando su ración de maíz a las gallinas y pavos que picoteando con avidez el rubio grano se arremolinaban a las puertas de sus rústicos corrales; ésta llevando a pastar las ovejas que dando lastimeros validos avanzaban en tropel, como un ejército en derrota, acosado por el enemigo; aquella preparando el frugal alimento para los hijos o el marido; los gañanes punzando a los perezosos bueyes para abrir el surco; la tierra recién abierta respirando algo así como un hálito de fecundidad y el sol, como una hostia de oro, suspendido en el dombo azul de un cielo recortado por los picachos nevados del Ande..... Era una escena magestuosa. Parecía que en ese gitantesco altar de la Naturaleza oficiara misterioso y oculto sacerdote.

Tan espléndida escena no podía pasar desapercibida para Alberto, artista por temperamento y educación. Había trazado muchas veces sobre el lienzo paisajes agrestes; pero nunca había visto otro igual al que ahora contemplara extasiado.

El bueno de Pedro sin comprender poco ni mucho las emocio-

nes estéticas de su amo, iba haciéndole indicaciones de los sitios y lugares que él creía importantes. Esa es la choza de la *Meche*, le decía, señalando con el dedo una humilde cabaña cuasi perdida en la ladera, entre unos arrogantes platanares. Allá está la chacara de don *Cosme*, agregaba sin fijarse que Alberto seguía sus indicaciones maquinalmente y sin parar mientes. Lo que él miraba era aquella mañana tan hermosa como nunca había visto otra igual en su vida.

Habría deseado tener a mano sus pinceles y un lienzo para copiar ese despertar de la sierra.

*
* *

Luisa se aburría soberanamente. Ya lo hemos dicho. Pasaban los días y su quebrantada salud se iba restableciendo poco a poco. El mal había tomado mucho cuerpo para poderlo desterrar pronto, sin embargo el clima de la sierra había tonificado sus pulmones y su sangre empobrecida había ganado mucho en los últimos días.

Una muchacha de diez y ocho años, en un medio ambiente tan distinto de aquel en que había nacido, era como una flor de invernadero confundida con las flores silvestres. La nostalgia, tan grave como la tisis misma, la hería de muerte.

El viento helado del aislamiento troncharía la flor en su propio tallo, lejos de la estufa, si una mano piadosa no la libraba a tiempo.

Apesar de haberse educado Luisa, en Belén era humilde, sin gazmoñería, caritativa sin ostentación. De privilegiado talento conocía las deficiencias del medio y se lamentaba de la incultura en que la gente de provincias vivía.

Por las tardes, cuando el sol caía, salía de la casa de su tío y se dirigía hacia el extremo sur de la población, desde donde se veía la lujuriosa vegetación del valle.

Allí permanecía horas de horas contemplando el viaje de las nubes, por ese firmamento de un azul tan fuerte que parecía teñido con añil; admiraba esas soberbias puestas del astro rey que entre girones de gualda y pinceladas de un rojo simulacro de incendio desaparecía para alumbrar otros mundos, detrás de los enhiestos picachos del Ande, donde el pastor recoge su ganado y canta sus penas al triste son de su quena.....Miraba como iba oscureciéndose lentamente el verde de los campos y como la sombra iba avanzando

de las cañadas mas lejanas a las llanuras mas próximas.

Don Gregorio que la encontraba en actitud meditativa, se detenía en su paseo para echar una mano de charla con la enferma.

—Y ¿Cómo vá la salud, señorita Luisa?

—Ya mejor señor cura.

—¡Me alegro, me alegro!...murmuraba el sacerdote.. ¿Siempre contemplando el cielo?—volvía a interrogar.

—¿Qué hacer? replicaba la jóven en tono melancólico.

—Cuando se es tan buena como vos, hay razón en mirar arriba. Apropósito, ayer vino a verme vuestra protegida.

—¿La tía Antuca?

—La misma. ¡Pobre vieja! Si hubierais visto lo contenta que se puso cuando le dije que su nieto estaba libre y que tenía la orden del subprefecto para que le entregaran su vaca negra!...Estas pobres gentes tienen pegado su corazón en sus animales y los quieren con delirio. Son niños grandes, que por mas años que tengan siempre están en la infancia. No sabéis cuánto os beudijo. Era de verla llorar de gusto. Y ahora que recuerdo: ¿Cómo marcha el asunto de la Juliana?

—Mal señor, dijo con tristeza la jóven, moviendo la cabeza. El juez se niega a soltarla porque dice que es culpable. ¡Ah señores cura, esto es cosa de desesperar! Se dice que vivimos en una república y que todos gozamos de garantías; pero eso es una.....mentira! La piedra de toque es siempre el infeliz, llámese hombre, mujer o niño. La autoridad política y hasta la judicial solo sirve para extorcionar a estos que con desprecio llaman indios y que son los legítimos dueños del territorio: la Juliana está presa por un capricho del juez, por una infame venganza.

—Así es hija mía, repuso el anciano sacerdote, continuamos siendo una colonia y el pobre hijo de estos lugares continúa tan vilipendiado y escarnecido como en aquella: jueces, subprefectos, alcaldes y aún los mismos párrocos—vergüenza me dá el decirlo—son los expoliadores de esta raza sobre la que pesan siglos de ignominia.

—Y no habrá remedio padre?

—Ay, hija, el remedio no lo veo venir y concentrándose un momento, exclamó lleno de fuego: el remedio está en una revolución social, que como un torrente desbordado, arrolle esta armazón de in-

mundicias que se llama impropriamente instituciones sociales y que es el espantajo que sirve a unos pocos para dominar a los demas. El país clama, desde hace tiempo, por una reforma que nos quite al gendarme corrompido y corruptor, amenaza mas bien que guardián del órden; que nos dé Justicia, de la que los pueblos están sedientos; pero justicia de verdad y no aquella que en nombre de la ley solo pesa sobre el desvalido y que jamás alcanza al poderoso; que dé instrucción a las masas apartándolas del vicio del alcoholismo que las degenera y embrutece; que enseñe al mísero indio la luz de la Verdad, que lo haga hombre y dejemos de considerarle despreciable bestia. Ese, es el único remedio y ese está lejos, no lo veo venir..... Volvió a decir el buen párroco, que en el calor de su discurso no veía que la noche caía sobre la población, como hacía tiempo había caído con sus oscuras sombras sobre la conciencia de los opresores de una raza desgraciada y cruelmente perseguida.

Ambos interlocutores reflexionando sobre este tema, se internaron por las tortuosas, estrechas y nada limpias callejas del pueblo hasta llegar a la plaza donde estaba la casa de Luisa, siendo el señor cura cortésmente atajado por el dueño de casa a comer.

* *

De sobremesa la conversación rodó sobre el tema del día que trafa intrigadas a las gentes del poblado, con la súbita desaparición del maestro Domingo, el mejor y casi podríamos decir el único amigo de don Gregorio, al que por una rara coincidencia se le parecía: no solo en ideas coincidían, sino que cualquiera habría tomado al uno por el otro, con diferencia de tener menos años el maestro, ser de distinta nacionalidad y llevar apellido distinto.

Como nada hay que una a los hombres mas que la similitud de sentimientos y de ideas, desde que se trataron, se tomaron mutuo afecto el maestro de escuela y el párroco de la doctrina, sin que pasara día en que dejaran de verse ya para jugar al tresillo, ya para comentar los sucesos de actualidad.

A pesar del carácter franeo de don Domingo Martínez Iñigo, guardaba siempre suma discreción sobre su procedencia y familia. Solo se abía que nombrado preceptor de la escuela principal de X tenía una cultura superior a su modesto empleo, y el don de gentes que le adornaba le hizo pronto conquistarse el respeto y cariño no solo de sus alumnos sino de todos los que le trataban.

De bigote entrecano, ancha frente, ojos vivos, nariz aguileña,

no solo era simpático sino que denotaba su continente al hombre de mundo, habituado al trato de alta sociedad, por lo mismo era un misterio este hombre que con tales antecedentes se hubiera avenido a ganarse veinticinco soles mensuales enseñando muchachos

¿De dónde había venido? Nadie lo sabía. Para unos era un revolucionario centro-americano, emigrado de su país por cuestiones políticas; para otros un abogado argentino escapado de la tiranía de Rosas, no faltando quien lo supusiera uno de los conjurados que en el Ecuador atentaron contra la vida de García Moreno.

Todo esto no eran mas que meras suposiciones; lo cierto es que se trataba de un hombre superior por su cultura, talento y profunda erudición: conocía la historia americana al dedillo; hablaba con gran veneración de Washington, platicaba sobre la personalidad de San Martín y contaba anécdotas del Libertador Bolívar de quien era idólatra.

En sus costumbres era un perfecto puritano. En su casa no se vió mas hembra que una vieja morena, que lo cuidaba con solicitud de madre; con la que llegó al pueblo y que tan discreta como "su niño", evitaba hablar de su persona y procedencia, inventando historietas mas o menos inverosímiles cuando alguien la estrechaba a preguntas.

Cambió los rutinarios métodos memoristas, que en el Perú han malogrado tantas inteligencias, por explicaciones sencillas en las que enseñaba a sus discípulos la Historia sin recargarla de nombres ni de fechas, sacando de cada hecho las consecuencias que derivaron para el adelanto o retroceso de los pueblos; despreciaba, por inútiles las reglas de la gramática y les enseñaba el idioma haciéndoles leer trozos escojidos y manejar el diccionario. A sus alumnos mas adelantados les exhortaba a que amaran a la patria grande, como llamaba a la América, cuyos pueblos decía debían formar una sola entidad moral regida por leyes de justicia y de absoluta igualdad. Enseñaba a odiar a los tiranos como a enemigos del género humano.

El Perú, decía en algunas ocasiones a sus alumnos, es muy rico. ¿Qué hace falta acá? El clima benigno y variado favorece al hombre que nace en este suelo de promisión; su fauna presenta los mas útiles animales y sus minas los mas raros y ricos metales. Lo que hace falta es la unión, el amor al trabajo; el odio al alcoholismo, el respeto por el indio, que educado puede ser un factor apre-

ciabilísimo de progreso, el desarrollo de sentimientos altruistas, que maten los egoísmos de casta, el aniquilamiento absoluto del casiquismo..... Cuando veía que los indígenas hincaban la rodilla y besaban la mano de sus patronos, costumbre perniciosa que subsiste en algunos lugares de la sierra, se indignaba i decía a sus alumnos: no permitáis jamás que otro hombre se arrodille ante vos. Solo ante Dios, que es un Sér superior, debemos inclinarnos; ante los hombres nunca, por grandes y poderosos que sean! Bolívar, ni Washington dejaron que nadie se arrodillara ante ellos y Washington fué el creador de la Gran República del Norte y Bolívar fué el padre de cinco repúblicas!... Enderezad el espinazo de las multitudes y haréis ciudadanos, si los dejáis encorvados solo tendréis siervos y la fuerza de los pueblos está en tener hombres libres, conscientes, unidos por el amor, no separados por el odio de razas, ni de castas.

No comprendo, solía decir, con qué derecho se exige a los indígenas servicios gratuitos: los "*pongos*" y las "*mitas*" no tienen sentido en una república. Ved esa iniquidad que inconcientemente y en nombre de la Patria cometen las autoridades cuando obligan a los llamados "*danzantes*" a recorrer largas distancias y abandonar su trabajo para bailar en las calles de los pueblos, en el aniversario de la independencia, fingiendo una alegría que no sienten, que no pueden sentir. Vosotros los hombres del porvenir estais llamados a reaccionar contra todo esto

.....

— Es un sembrador de ideas, exclamaba don Gregorio, al terminar la relación que hacía de su amigo. ¡Qué distinto de nuestros ignorantes *dómines* de cinco soles mensuales! (1)

Y pensar que ese hombre, ese misterio hecho hombre, no es peruano, porque alguna vez se le escapó hacer alusión a su patria lejana y ausente.

La policía llegó a saber que la víspera de su desaparición había sido víctima del robo de un maletín que cuidaba religiosamente y que él y la vieja negra, su ama de llaves, se habían marchado ignorándose donde, sin mas aviso de despedida que la lacónica esquila

(1) En la época en que escribimos esto se pagaban a algunos maestros cinco soles mensuales.

que don Gregorio mostró a Luisa y a su tío y que lejos de dar luz aumentaba la oscuridad de este embolismo.

La escuela decía así:

Inolvidable párroco:

Motivos que quizá algún día sabrá U. me obligan a marcharme como llegué: de repente.

Donde el destino me lleve tendré presente al virtuoso sacerdote y noble amigo, que admira y quiere:

Domingo.

*
*
*

Las doce daban en el gran reloj del comedor del Ingenio, cuando Alberto regresó de su paseo.

La mesa estaba puesta y aguardaban sentadas a ella doña Julia, Amalia y dos o tres personas más que habían bajado del pueblo a cumplimentar al recién llegado.

Durante el almuerzo se habló de establecer un molino americano de último modelo, de sustituir el antiguo arado por otro, de escoger un sitio adecuado para instalar un motor eléctrico y de proyectos que el flamante hacendado tenía para colocar el Ingenio, a la altura de las grandes haciendas de la costa.

La viuda de Pérez e hija aprobaron, llenas de una franca alegría, los proyectos del joven y terminado el opíparo almuerzo cada cual fuese a sus acostumbradas faenas.

Alberto, despidiéndose de sus visitantes, montó de nuevo a caballo y acompañado del caporal, salió a la *pampa* a ver el cultivo y conocer las *jalcas* donde pastaba el ganado.

Pronto llegó el domingo. Su madre y hermana lo comprometieron para que las acompañara al pueblo a oír misa. Serían las nueve cuando la única campana de la iglesia parroquial, llamaba a los fieles a cumplir con el deber dominical.

Las mujeres engalanadas con sus mejores vestidos de colores chillones y los hombres no menos endomingados principiaban a llenar la amplia nave de la casa del Señor.

Alberto con su madre y hermana, seguidos de dos indiecitas y tres cholitos entró al templo. Reinaba en éste un ambiente frío como de casa abandonada. Altares pobres donde se perdía una que otra

imágen sobra las que el polvo había dejado su huella y arriba, subiendo tres escalones de piedra, el altar mayor sobre el que un Cristo agonizante lanzaba su postrer mirada a esos infelices mortales que, sin fe en el corazón, acudían allí mas que por religiosidad, que no conocían, por hábito o por las exhortaciones del anciano párroco.

Tres cirios lloraban lágrimas de rojiza luz ante la imágen del Crucificado.

Alberto siguiendo su costumbre se situó a la entrada, cerca de la tradicional pila de agua bendita, reflexionando en la sencillez de la misa de pueblo que por primera vez iba á oír tan opuesta á la solemne pompa de las que había oído en San Pedro, Santo Domingo y la Merced de Lima . . . pensaba en la ignorancia y pobreza de esas gentes que forman la gran mayoría del Perú y por un contraste del pensamiento volaba éste hacia el lujo y distinción que derrochan las limeñas en sus templos favoritos

Iba á comenzar el santo sacrificio de la misa cuando entró una señorita cuyo aire distinguido le llamó la atención. Se fijó mas y quedó gratamente impresionado: su fisonomía no podía decirse que era un tipo acabado de belleza; pero tenía un no sé qué de seductor que atraía. Sus grandes ojos garzos, pedazos de cielo, agrandados mas aún por las violáceas ojeras q' los circuían, tenían reflejos embriagadores, de ternura infinita, cuasi divina, y de su ser todo se desprendía ese mágico efluvio de las almas castas, verdaderas aves de paso, destinadas á volar hácia la altura.

Luisa, que no era otra la que atraía sobre sí las miradas de Alberto, se fijó en él y una corriente misteriosa de simpatía unió desde ese instante esas almas en un lazo de luz.

El sacerdote, con manos temblorosas, alzaba la hostia y ésta temblando como una paloma al alzar el vuelo, miró cual un ojo desde la eternidad, el amor de esas dos almas jóvenes y puras.

El supremo Amor bendecía ese naciente amor, emanación suya, brotado al chispazo de dos miradas.

Sonó la campanilla y todas las frentes se inclinaron.

Rumor de plegaria llenó el espacio frío del destartalado templo provinciano.

Volvió á sonar la campanilla y todas las manos golpearon los

pechos pecadores: la multitud rezaba

*
**

... La misa ha terminado.

La muchedumbre se aglomera á la puerta primero y luego se esparce en distintas direcciones animando la un momento antes desierta plaza.

Todos salen contentos como aliviados de una pesada carga: solo dos personas dejan la iglesia, llevándose en el alma una íntima preocupación.

Esas personas son Alberto y Luisa.

Alberto piensa sin querer en la joven a quien por primera vez a visto: el azul de esos ojos lo vé en el azul del firmamento y las facciones de la niña emergen en su imaginación con tenacidad desconocida.

Luisa también piensa á cada instante en el perfil señorial del joven y siente en su alma un secreto cariño para ese desconocido. ¿Quién será? se pregunta, sin tener el valor de preguntar á nadie.

Un poema de amor nacía en medio de una atmósfera embriagadora de incienso que envolvía a la imagen del Supremo é Inefable Amor.

Dos almas castas y puras, como los primeros rayos de un sol naciente, se abrazaban en el espacio infinito del pensamiento, en la aurora misma de la vida.

De regreso al ingenio, Alberto preguntó a su hermana quién era la niña aquella que había llamado su atención.

—Es la señorita Luisa Moray, que ha venido a convalecer al lado de su tío el señor Carlos Moray, el francés aquel enganchador de peones, que tiene un Bazar en la esquina de la plaza. Dicen que es muy buena, agregó a los datos que daba la hermosa Amalia Pérez, sin comprender el placer que proporcionaba a su hermano.

*
**

A medio día pretextando deseos de dar un paseo montó Alberto el mejor de sus caballos aperado á la usanza del país con el rico pellón sanpedrano y se dirigió al pueblo.

Deteniéndose á la puerta del Bazar de la esquina de la plaza, preguntó por el señor Moray, el que no tardó en salir.

—A la disposición de usted, dijo don Carlos estrechando la mano del recién llegado con franqueza.

—Gusto de conocerlo Sr. Moray, también estoy a sus órdenes y cuento con un amigo mas, replicó con afecto Alberto desmontando con agilidad y agregó: venía a ver si en su establecimiento encuentro un manómetro y unos tornillos que me hacen falta para el trapiche del Ingenio y arreglar algunos pedidos que próximamente debo hacer a Estados Unidos y que—si usted no tiene inconveniente—se servirá encargar a su agente en Lima.

—Con mucho placer señor Perez, dijo con toda la amabilidad nativa, el comerciante francés. Me complace en poder ser útil al propietario del Ingenio. Fui muy amigo de su señor padre al que conocí y traté en Europa, cuando desempeñó el consulado de Burdeos y espero que se servirá dispensarme igual favor. Por hoy permítame que le pida uno celebrando esta grata é inesperada visita.

—El que usted quiera monsieur Moray.

—Háganos el obsequio de comer con nosotros. Tendré el honor de presentarle a la hija de mi hermano Luis, que también fué amigo de su señor padre y élla tendrá, cuando sepa, sumo placer en estrechar su mano.

Alberto sintió una emoción indescriptible. La generosa é inesperada invitación de Moray, era lo que anhelaba.

Jamás se imaginó tener la dicha de ser presentado esa misma tarde a la señorita Luisa.

—Aceptado a cambio de otro servicio,—contestó el joven Perez

—El que usted desee, dijo con viveza Moray.

—Mi deseo es que el próximo domingo pasen ustedes un día de campo en el Ingenio. Mi madre y mi hermana se alegrarán bastante.

Con el mayor placer. También mi sobrina tendrá gusto; pues desde que llegó tenía el deseo de ser amiguita de su señorita hermana.

Como eran las cinco de la tarde, Moray ordenó a sus dependientes que cerraran el establecimiento y acompañado de su nuevo amigo se dirigió a las habitaciones interiores tratando de negocios que parecían interesar a entrambos.

En el corredor de la casa, sombreado por vistosa enredadera de flores multicolores y en una cómoda mecedora de bambú, negligentemente sentada, hallábase Luisa sumida en honda meditación.

¿En qué pensaba la casta virgen?

Ni siquiera se había dado cuenta de que el libro que tenía sobre la falda entreabierto, estaba volteado.

Cuando vió a su obeso tío acompañado por el esbelto y gallardo joven, no pudo contener una exclamación de asombro.

¡Eh!.....

Creíase presa de un ensueño ó juguete de una alucinación.

Antes de que se hubiera repuesto de su sorpresa, le dijo su tío:

—Te presento al señor Alberto Perez, hijo del buen amigo de tu padre, propietario del Ingenio, la mejor hacienda del valle. Luisa murmuró unas palabras casi ininteligibles y poniéndose roja como la grana, alargó la mano a Perez, que tan turbado como élla apenas acertó a repetir esas frases triviales en casos semejantes y estrechó con pasión la delicada mano de la doncella, que tembló como la flor en su tallo, al recibir el beso de la tarde.

Trascurrió la comida en un ambiente de fina cordialidad y al despedirse del anfitrión le recordó el hacendado su promesa de ir el próximo domingo a visitar el Ingenio.

Tendré el gusto de presentarla,—dijo dirijiéndose a Luisa— a mi señora madre y a mi hermana y si me lo permiten ustedes tendré la honra de acompañarlos.

—No se moleste señor Perez, conocemos el camino y no merece la pena que se tome la molestia de venir acá, dijo el francés.

—En todo caso será placer y no molestia. Hasta el próximo domingo, señorita Luisa, añadió saludando con desenvoltura el joven Alberto.

*
**

Cuando llegó Alberto al Ingenio, hacía rato que su madre y hermana lo aguardaban.

Les refirió punto por punto la invitación y atenciones de la familia Moray.

La sobrina es muy simpática, agregó poniéndose algo colorado.

Amalia que no pasaba desapercibido nada, le replicó con intención:

—Luisa es muy simpática y según se dice muy inteligente y virtuosa. No la he tratado nunca, pues hace poco que está al lado de su tío; pero el efecto que me hizo el día que la conocí fué muy grato. Desearía ser su amiga. La pobre niña educada en otro medio debe aburrirse en esta soledad de nuestra sierra.

—Precisamente los he invitado para que vengan el domingo, dijo Alberto mas animado.

—El señor Moray es muy fina persona. Tanto él como su hermano Luis, han sido amigos de papá y la señorita Luisa desea ser tambien tu amiguita.

—Has hecho bien hijo mío, dijo la viuda de Perez, terciando en la conversación así pasaremos un día alegre en compañía de esas excelentes personas con las que deseabamos trabar amistad.

No se habló mas en el Ingenio al respecto, después de darse las ordenes necesarias para agazajar a los invitados.

Solo Alberto pensaba a cada instante en su nueva amiga y creía interminable la semana.

Con febril impaciencia arrancaba los papelitos del almanaque de su escritorio como si de esta manera apresurara la llegada del domingo.

«No hay plazo que no se cumpla . . . » reza un antiguo refrán castellano y así es en verdad. El plazo se cumplió y con emoción arrancó el papelito del sábado que arrojado por la ventana se lo llevó el viento; así el viento de la vida se lleva cada día una hoja de nuestra existencia, que se confunde primero y desaparece después en la eternidad del tiempo.



Poco antes de la hora de almuerzo el patio del Ingenio presentaba el mas risueño golpe de vista.

Magnificas cabalgaduras aperadas con lujo eran atendidas por sirvientes de la hacienda. Dos hermosos perros retozaban como si tambien ellos participaran de la alegría que invadía la casa.

Amalia, con sencilla a la par que elegante «*toilette*» del brazo con Luisa, que llevaba un vestido celeste que le sentaba muy bien

y la viuda de Perez, apoyada en el brazo del viejo Moray, penetraban al comedor, mientras Alberto, con el rico poncho de vicuña al hombro, sonando las roquetas de sus espuelas de plata, llamaba a grandes voces a Pedro, ordenándole que preparara todo para salir al campo después del almuerzo.

En el almuerzo, servido con rica esplendidez, se habló de todo: de modas, de política, de negocios....

Moray, se lamentó de la falta de caminos y de la desentendencia con que se miraban estos. Acá decía los caminos son senderos para cabras y hay que emplear como bestias de carga a los indios que con un puñado de *cancha* y un poco de *coca* recorren grandes distancias llevando los mas grandes pesos.

Esto dió motivo para que Alberto hiciera una amarga crítica sobre el particular.

—Somos todavía un pueblo bárbaro, decía; no sabemos ó no queremos comprender el mal que nos hacemos cuando así rebajamos la dignidad humana. ¿Qué significa que los *patrones*, los llamados *amos* utilicemos a un hombre como nosotros para trasportar cargas? Es porque el infeliz *indio* nos resulta mas barato? Error, criminal error: cuando se obliga a otro hombre a bajar la frente al suelo se mata en su espíritu toda noble altivez, se le asimila al bruto y con esos seres degradados, envilecidos, ¿que cosa buena se puede hacer?.

¿Cómo se les puede inspirar amor a este suelo donde nada son y donde cae día a día infecundo el sudor de sus frentes?.

Esta es la tierra de sus mayores, la que un día defendieron en los llanos de Junín contra el yugo español y otro en Concepción acuchillando y *rejoneando* al chileno orgulloso y vencedor y ¿cuál el beneficio que obtienen?.

El indio es malo, es criminal, es torpe, porque nosotros, este mestizaje abusivo, heredero espiritual del encomendero colonial, lo hace torpe, lo hace criminal, lo hace bruto.

Los productores de alcohol, lo envenenan; los hacendados los convierten en animales de carga; los curas los fanatizan, las autoridades los esquilman y todos, absolutamente todos, explotándolos contribuimos a agravar este mal social sin querer comprender que nuestra gran fuerza como nación está en esos tres millones de indios y cholos que vegetan soñolientos en nuestras sierras y montañas, extraños a nuestra vida, sin fé en el alma y sin luz en el cerebro....

Caminos y escuelas debería ser la preocupación de todos nosotros para redimir al indio y convertir este Perú en una gran nación, en lo que fué bajo el gobierno patriarcal de los incas...

Luisa escuchaba las palabras de Alberto, sin perder sílaba. Ella que en poco tiempo había visto tantas miserias, enjugado tantas lágrimas y sentido tantos dolores de esas gentes, las aprobaba y su simpatía por el joven se trocaba en admiración a la noble grandeza de esa alma incontaminada.

Terminado el almuerzo salieron los invitados a conocer la casa para después salir al campo.

Lo que atrajo mas la atención de la niña fué la hermosa pajarrera de Amalia, donde se reunían los mas lindos pájaros de la montaña y de la sierra.

Pasaron en seguida a la biblioteca repleta de libros de distintas materias y de autores varios.

En dos grandes estantes de cedro se alineaban las obras de autores nacionales: allí estaba "El Evangelio en triunfo" de Olavide, «La defensa de los gobiernos y los Obispos contra las pretensiones de la Curia romana» de don Francisco de Paula Gonzales Vigil, «Los comentarios reales» de Garcilaso, «Lima fundada» de Peralta y Barnuevo, «Los amigos de Elena» de Fernando Casós. Un grueso volumen sobre cuyo oscuro lomo brillaban con letras de oro las siguientes palabras: «El padre Orán», las inimitables «Tradiciones» de Palma, las «Comedias» de Segura, "Julia" y "Edgardo" de Cisneros, las obras de Manuel Trinidad Perez, las de Clorinda Matto de Thurner, de la Cabello de Carbonera, los "rasgos de pluma" del Tunante y muchísima otras sobre las que caía el polvo, ocultando sus títulos y los nombres de sus autores...

Llena de ingenuidad y de asombro decía Luisa:

Ignoraba que en el Perú se hubiera escrito tanto libro; pues apenas uno que otro me eran conocidos y esto que soy muy aficionada a la lectura.

—Nuestros intelectuales mismos, señorita, miran con cierto desden la literatura nacional: se entusiasman ante la producción extranjera: leen a Dontoyusky y Bulwer-Litton, se empanturrean con la prosa azucarada de Vargas Vila, se encantan con los novelones de la Invernizio; pero no conocen las obras del serrano Espinoza, el célebre "Lunarejo" autor del «robo de Proserpina» y del "Apo-

logetico de Góngora", ni los versos de Angel Fernando Quiroz, ni la obra de tanto ingenio nacional.

Cierto espíritu de novelería nos hace despreciar lo nuestro, solo porque es nuestro. No tenemos mas historia nacional que la escrita por un español, don Sebastián Lorente. Caivano, vino de Italia a reseñar nuestra última guerra y Raymondí a describir nuestras riquezas y lo que es literatura nacional nadie piensa en enseñarla y por eso la juventud no la conoce: en la facultad de letras de nuestra clásica Universidad, la mas ilustre de sud-america, la política, ha fosilizado catedráticos que *leen* su librito con voz cansada y fatigosa o *mestritos* de aldea que después de remendar sus lecciones las hacen repetir al pié de la letra. Esta es la primera institucìon docente del Perú. ¿Cómo formar hombres de criterio propio, que conocedores del pasado vivan orgullosos de su nacionalidad, rica en talentos cual ninguna en esta parte del mundo? Es por esto, señorita, que desilucionado de lo que es por hoy nuestra universidad he dejado los estudios para venir a trabajar al lado de los míos, reemplazando a mi difunto padre que tenía orgullo en coleccionar las obras que usted vé y si algo conozco es por él, porque en los colegios se nos enseña los nombres de los faraones de Egipto; pero de nuestra patria...nada.

Muchos de estos libros los ha adquirido mi padre en alguna tienda de compra-venta de libros viejos, donde la polilla se los comía, mientras nuestra juventud se atiborra con la lectura de autores extranjeros, cuyos nombres repite con orgullo para demostrar ciencia...

—¿Què obrita es esta, señor Perez? preguntó Luisa señalando el volumen en que se leía la inscripción «El padre Oran».

Esa es una novelita escrita por un señor Aresteguí, basada sobre un hecho histórico que acaeció en el Cuzco y en la que se pintan las costumbres y sufrimientos de los indios.

—Debe ser muy interesante?

—Sí, y muy poco conocida, dijo el joven sacudiendo con un plumero el polvo que la cubría y alcanzandola a su adorada curiosa. Esta la fojeó lijeramente y devolviendosela, dijo:

—Ya la leeré cuando vuelva por acá y prosiguieron su paseo.

Después de conocer la casa de hacienda y sus anexos montaron en las bestias que los esperaban y salieron al campo en alegre y

bulliciosa cabalgata....

*
**

El día era hermoso. Ni una nube en el cielo, ni una sombra en la tierra. Parecía que el sol quería bañar en una luz suave, deliciosamente dorada, la campiña que riente se exhibía mostrando sus arboledas cargadas de frutos, mientras una brisa balsámica, perfumada por los olores del campo, mecía las ramas y hojas, como entonando una canción blanda y mansa como el canto de una madre al borde de la cuna donde se aduerme el hijo de sus entrañas.

Para nadie tenía mayores encantos la naturaleza en esos momentos que para Alberto y para Luisa. Con razón se ha dicho: »que la naturaleza es la mas amorosa de las madres cuando el dolor se ha adueñado de nuestra alma; y si la felicidad nos acaricia, ella nos sonrie».

Comenzaba el idilio en medio de la sonrisa de la naturaleza.

Así debió gozar Adán cuando contempló por vez primera a su compañera.

Las pálidas mejillas de Luisa tenían el suave color de las rosas frescas. Atribuyéronlo todos al clima templado del valle y tanto empeño pusieron las dueños de la hacienda en que las hiciera compañía, que el señor Moray convino en regresarse solo dejando a Luisa con la familia Perez.

Como hemos dicho el idilio comenzaba.

¿Cuándo y cómo terminaría?

Arcanos insondables del Destino: ¿quién pudiera descifrarlos?

*
**

Luisa permaneció un mes al lado de los dueños del Ingenio. Cada día encontraban éstos en su persona nuevos y ocultos atractivos.

Alberto la adoraba con pasión y ella correspondíalo, como vulgarmente se dice, en la misma moneda.

Los días trascurrían veloces en medio de la mayor dicha.

Luisa que había comenzado a sentir mejoría desde que llegó a la sierra, encontraba a la sazón completamente restablecida.

Oleadas de vida subíanle al rostro dándole un tinte hermoso a su fino cutis ligeramente quemado por el frío de la región andina. Sus labios antes pálidos y descoloridos, tenían el rojo color del café maduro y las violáceas sombras que rodeaban sus grandes ojos azules, desaparecían a la presencia de ese sol rutilante de vida que llamamos salud.

Cuando el anciano Moray regresó al Ingenio en pos de su sobrina, experimentó gran contento al encontrarla tan sana.

Se aproximaba el día de San Luis Gonzaga, patrón del pueblo y santo de su sobrina y queriendo agazajarla invitó a la familia Perez, que unánimemente y llena de entusiasmo aceptó trasladarse al pueblo.

Alberto, de acuerdo con su madre, escogió ese día para pedir la mano de Luisa, de la que ya tenía su consentimiento.

*
* *

.....Cafa la noche.

La comitiva en alegre cabalgata llegaba al pueblo.

La luz pálida y hialina de un hermoso plenilunio alumbraba las blancas casitas cuasi superpuestas unas sobre otras, como bandada de palomas que sorprendidas por la noche hubieran buscado refugio en la cima del cerro, sobre el que se asentaba el poblacho.

Advertíase insólito movimiento de gente.

Al llegar a la ancha plaza, la única del pueblo, la alegre caravana, pudo ver a los naturales del lugar entregados a bullicioso festejo.

Al son de un pífano y de un tamboril, música monótona al par que primitiva, danzaban las parejas fuertemente asidas del brazo.

De rato en rato el estallido de los petardos ponía una nota más en el fatigoso concierto, si así puede llamarse, del festejo popular amenizado por el no menos fatigoso canto de los danzantes que cubiertos de monedas de plata agujereadas se contorcionaban sámicamente sonando una vara contra una especie de platillo de madera que llevaban en la mano izquierda.

Otras cuadrillas bailaban acompañadas de harpa y violín.

Al día siguiente debía repetirse igual diversión.

Comparzas de *pallas* abrumadas bajo el peso de gruesas cadena^s

de oro y de vistosas pedrerías, haciendo sonar los cascabeles de un báculo cuya contera golpeaba el suelo, entonando sentidas cantatas llenaban la amplia plaza. Cuadrillas de danzantes cubiertos los rostros con caretas y las cabezas con caprichosos gorros de formas variadas y colores diversos, preparaban al numeroso público, que entusiasmado esperaba asistir por la milésima vez al episodio de la captura de Atahuallpa, ó como le llaman "*La tragedia*."

*
* *

En algunos pueblos del interior acostumbran en ciertas solemnidades, como el aniversario del patrón del pueblo, por ejemplo, recordar la *pasión y muerte* del último soberano del Perú.

Es una parodia un poco grosera; pero que no deja de tener un fondo de sentimentalismo patriótico.

Cuando el sol ha pasado la mitad de su carrera, desemboca por una de las esquinas de la plaza, un guerrero montado en brioso caballo blanco, llevando en una mano el estandarte de Castilla y en la otra brillante espada, no siempre de acero muy templado.

Ese guerrero falsificado que luce indumentaria, nada parecida por cierto a la usada por Hernando de Soto, representa al emisario español que en el centro de la plaza se encuentra con la comitiva de Atahuallpa.

El hechizo Soto anuncia la inmediata llegada de Pizarro y los suyos. Los heraldos del monarca lo invitan a que llegue donde éste y mientras el español vuelve bridas, el hijo del poderoso Huayna Capac, empuñando luciente cetro de oro y llevando las imperiales plumas, rodeado de las coyas y de sus nobles avanza precedido de danzantes y músicos.

Comitiva no menos lucida ni numerosa que la anterior, entra por otra bocacalle: es Huáscar, el hermano de Atahuallpa con los suyos.

Los dos hermanos se adelantan, el uno hacía el otro; pero no para estrecharse fraternalmente sino para luchar como encarnizados enemigos.

Los nobles de ambos bandos forman círculo al rededor de los hermanos que pelean largo rato, hasta que la pesada maza de Atahuallpa derrita en tierra a Huascar.

La historia aquí no queda bien parada.

En todo caso esa lucha material, ese duelo a muerte, si algo representa es el símbolo de las funestas rivalidades de los dos soberanos.

Al caer muerto Huáscar, las *coyas* prorrumpen en lamentos y el vencedor con los suyos prosigue su marcha al tiempo que los españoles también llegan.

Un sordo rumor recorre las apretadas filas de los expectadores y los sencillos hijos de las serranías anhelantes esperan el momento del encuentro. Mas lejos de abrazarse como amigos la lucha se empeña más feroz y terrible que en épocas pasadas y el monarca queda prisionero del fiero conquistador que lo hace subir a un improvisado cadalso, donde de un tajo se le separa la cabeza del tronco.

Aquí también la historia vuelve a sufrir rudo golpe, tan fiero como el que deja al inca sin vida.

Un clamoreo sube del centro de la plaza, vago é informe al principio que encuentra eco en los demás concurrentes y un lamento, como una ola de dolor, recorre rugiente la multitud.

La parodia ha concluido. El sol se pierde tras la llamarada de un incendio crepuscular que en parte ocultan los hieráticos picachos del Ande, siempre blanco y siempre frío.

La concurrencia se desbanda, llevándose en el alma un secreto dolor al recordar el martirio del último emperador del Tahuantinsuyo. Y a lo lejos se escucha todavía la nota doliente del *yaravi*

*
**

Para Alberto y para Luilsa y aún para Amalia, la escena que a cababan de contemplar era nueva: no la habían visto jamás.

—¡Pobre gentel dijo Luisa dirigiéndose a Alberto que pensativo miraba la pantomima.

—Sí, pobre gente, respondió el joven algo impresionado. Así como los cristianos rememoramos anualmente la escena del Calvario, estos infelices rememoran ese sacrificio innecesario de Cajamarca y al entonar sus cantos de dolor en la lengua de sus mayores, qué de imprecaciones lanzarán contra la raza opresora que con una mano mostraba, como una profanación la imagen del Crucificado y con la otra el grillete del esclavo o el látigo del verdugo.

—Tiene usted razón Alberto, ese grillete y ese látigo aun se

empeña el caciquismo de nuestros días en mantener sobre este poblacho digno de mejor suerte y que por sarcasmo se llama *pueblo soberano*!!..... Bién dice don Gregorio, solo una revolución puede mejorar el triste estado de estos mal aventurados *ciudadanos de la república* ...

—Señorita, usted participa de mis ideas; pero la verdad, no creo que el remedio sea una revolución.

—Nó? pues el señor cura así lo dice y lo repite con tal convencimiento que yó que al principio tenia miedo, al solo oír hablar de revolución, hoy la quiero y la deseo.

—¿Qué charlan tanto ustedes? dijo una voz algo cascada y temblorosa. Era el viejo párroco que llegaba en ese instante a casa de Moray.

Los jóvenes se volvieron sorprendidos.

—¡Ah, señor cura, era usted? dijeron a la vez Alberto y Luisa.

El primero después de saludar con afecto a don Gregorio le dijo:

—La señorita Luisa lo recordaba precisamente en este instante.

—¿Podré saber el motivo?

—Hablabamos, agregó Luisa, de la pobre gente de estos lugares que acaban de rememorar el episodio de la muerte de Atahuallpa y de la triste condición en que vegetan.

—I de la que solo saldrán mediante una revolución, agregó el joven Pérez, picando al cura para que hablara.—Al menos esa es la opinión de la señorita Moray, que parece la ha adquirido de usted.

—Ay! hijos míos, esa es la verdad; verdad amarga, pero evidente, volvió a decir con su voz cascada el anciano levita. ¿Cómo quereís que estas masas incultas lleguen a ascender al nivel de las que se titulan clases *directoras*? No veis, que esta multitud a la que la ley niega el derecho de elegir a sus mandatarios, tiene sin embargo la obligación de alimentarlos con el sudor de su rostro pagando los crecidos impuestos? No veis que el *indio* no puede ocupar en la sociedad puesto alguno como no sea de defensor de sus verdugos, empuñando el rifle del soldado?

Indios *analfabetos* se les llama con desprecio y ¿quién tiene la culpa de eso? Los que pudiendo, no ponen a su alcance una cartilla ya que tan de cerca les muestran los recibos de contribución.—¿Cómo salir de ese círculo vicioso en que el egoísmo de unos pocos ha encerrado a toda una raza?.....

Una fuerte detonación aturdió a todas las personas que conversaban en casa de Moray, cortando de súbito la palabra del ejemplar ministro del señor.

—¿Qué es eso? dijo alarmado don Carlos.

—Una camareta, dijo una de las señoras.

—Seguramente, agregó Alberto, los cohetes acá tienen un sonido particular, sin duda por los cerros que.....

No terminó la frase. Nuevas y mas nutridas descargas hicieron comprender a los circunstantes que esas detonaciones no procedían, como al principio creyeron, de cohetes del populacho que se divertía.

Las señoras, lívidas como la muerte, llenas de confusión, no sabían qué hacer; los hombres con Moray y Alberto a la cabeza, avanzaron hácia la puerta de calle para cerciorarse de la verdad, cuando un clamor de combate invadió la plaza.

Pim.....pam.....pum! ¡Viva Cochachin!.....vivaaa.....abajó los blancos! . . .abajoooovivan los colorados! . . . Mueran los azules! .

El grueso portón de la casa Moray crugió al cerrarse; pero en el instante mismo en que Alberto juntaba las hojas lanzó un ay! doloroso y se desplomó.

Una bala disparada por el grupo que asaltaba la plaza le atravesó el pecho.

Cubierto el rostro de mortal palidez, se debatía en un charco de su propia sangre siendo vanos los auxilios que trataba de prodigarle el señor Moray.

Los revolucionarios, aprovechando del desorden de la fiesta, se habían apoderado del cuartel de gendarmes y disparaban sus armas como unos frenéticos, sembrando el pánico y la muerte en el apacible poblado.

Dos robustos mocetones de la servidumbre cogieron en brazos al herido y, atravesando el patio, le introdujeron a la sala donde las consternadas matronas al ver el cuerpo del joven casi sin vida dieron un grito de angustia y de dolor.

La madre y hermana de Alberto se precipitaron semi locas sobre el herido, que con voz apagada pedía agual... ..agual!.....

La herida era mortal.

Don Gregorio, sin poder contener la emoción, comenzó a ayu-

darle a bién morir.

Doña Julia y Amalia, arrancadas a viva fuerza de la estancia por Moray y demás miembros de familia, lloraban desoladas, llamando la una a grandes voces a su hijo y pidiendo la otra que la dejaran ver a su hermano.

A fuera continuaba la balumba del asalto. En la sala, sobre el entarimado, el herido agonizaba. Un hipo persistente cortaba a cada instante su palabra.

Hubo un momento de descanso.

Comprimiendo con ambas manos la herida, por la que la sangre manaba abundosa, dirijiéndose al sacerdote que arrodillado oraba, le dijo:

—Esta ... Esta... es ..la revolución... que usted... quería.....

—Nó hijo mio, esta no es la que puede traer la salvación de estos pueblos. Esta es su ruina. Esta lleva la muerte a los hogares y el hambre y el envilecimiento que hoy mismo lamentábamos. No es esta la revolución que puede engendrar la prosperidad de nuestra patria!

Acabamos de salir de la invasión extranjera y cuando necesitamos de la unión, las facciones soliviantan a los indios y se hace guerra de castas. Esto es un crimen!

La revolución que proclame ideas y no caudillos, esa es con la que he soñado desde que caí herido por defender la causa de un soldado afortunado que asaltó el poder, del que abusó al igual que sus antecesores..... El anciano calló. Dos lágrimas surcaron su rostro ya plegado por las huellas del tiempo y dulcificando el tono de su voz, agregó:

—Hijo, perdona a tus victimarios.

—Los perdono... ..

El hipo cortó su palabra. Haciendo un supremo esfuerzo dijo: Luisa!.. ..Luisa mia!.... y expiró.

El Idilio concluía apenas principiado.

¿Qué había sido entre tanto de Luisa?

Al ver entrar a Alberto tinto en sangre, la infeliz niña que al comenzar las descargas había corrido donde la señora Julia, cayó redonda sin sentido, no siendo vista en medio de la natural confusión.

Cuando Alberto pronunciaba junto con su último aliento el nombre de su amada, volviendo en sí, creyóse víctima de una pesadilla,

se pasó la mano por la frente; más, palpando la realidad se abalanzó sobre el cadaver, cuasi loca de dolor.....

Comprendiendo don Gregorio que su misión había terminado, salió. A la puerta lo aguardaba un indiecito que le dijo:

—Mi mamá Pituca dice que irás a confesar a mi tío que se muere.

—¿Dónde está tu tío?

—*Aquicito nomas*, y echó a andar de prisa el muchacho por una calle angosta.

Sobre un mísero lecho, formado con pellejos, en oscura y húmeda habitación, se quejaba un robusto indio todavía joven y no mal parecido.

—¿Qué tienes hijo? dijo acercándose el sacerdote, con paternal cariño.

—Me muero padre y quiero confiaros un secreto.

Habla, dijo laconicamente el cura.

—Me llamo Juan Corillocella, balbució trabajosamente el herido y tomando alientos prosiguió:—He alimentado en mi alma un odio terrible contra los blancos, a los que achaqué siempre los males que pesan sobre nosotros: en cada *mestizo* veía la odiosa figura del señor de Huaripay que tuvo para los míos la sombra del *maico* (1)

Cuando se me dijo: Juan, tenemos un jefe, me alegré. ¿Quién es él? pregunté y se me contestó: Pedro Cochachin, el valeroso, al que en la comarca conocen más por el sobrenombre de *Uchcu*, por su reserva. (2) *Uchcu*—Pedro se ha propuesto levantar las comunidades, hacer la guerra a los blancos y ceñirse la *masca pacha* de los incas, no trepidé entonces en ofrecer mi brazo y sublevé la comunidad de *Ataquero* y al frente de ella he tomado varias poblaciones sembrando el terror y la devastación; he pasado a cuchillo a muchos blancos; a mis manos cayó el prefecto Ricardo Lanzafirme, cuya cabeza ha servido de trofeo a mi comunidad. Ricardo, era el hijo mayor del dueño de Huaripay y, un día que me encontró por las tierras que arrebató a mi padre, me mandó dar veinticinco azotes. Con las can-

(1) El maico es planta venenosa cuya sombra hincha y cuyo contacto produce llagas.

(2) histórico.

deladas de los cerros hemos avisado a todos los de nuestra raza el levantamiento y la república entera a estas horas estará invadida; nos ayudan los *colorados* (1) que matan a todo *azul* que encuentran, después los mataremos a ellos, porque también son *mistes* (2)... Voy a morir; pero muero contento, porque mi sed de venganza se ha aplacado con la sangre que he vertido... Solo un remordimiento tengo: que sin ser ladrón aparesca siéndolo, porque llevado de mi deseo de causar daño a los blancos, me apropié un día de un maletín del maestro Domingo. Como mi objeto no fué robar, lo guardé cuidadosamente sin siquiera abrirlo y no quiero *irme a la otra*, sin restituirlo y a ti padre te lo entrego para que se lo des a su dueño, no quiero ser como los de Huaripay..... y señaló un arcón de madera claveteado con grandes clavos negros donde estaba el maletín del maestro, que Pituca entregó al párroco.

El esfuerzo había debilitado a Juan que cayó en colapso.

—Dios te perdone. Has restituido y eso te dá la gracia del Señor. Arrepíentete de los males que has hecho y perdona a tus enemigos, para que el Señor te perdone.

Con los ojos vidriosos y la lengua tartajosa replicó el moribundo:

--Perdonar a los blancos, nó, nunca! Tienen la sombra del *maico!*.....el ronquido peculiar de la agonía cortó la palabra del moribundo, que después de una fuerte contracción quedó rígido.

El párroco, elevando los ojos al cielo, murmuró una plegaria y con la mano en alto y temblorosa dejó caer una bendición, mientras Pituca Corillocella, entre sollozos, decía: ha sufrido tanto que muere maldiciendo a los opresores de nuestra raza

*
**

Las oscuras calles del pueblo se iluminaban de vez en cuando con los resplandores de las fogatas de los cerros coronados de indias cuyos aullidos de furor rompían el silencio de la noche.

Muchas casas habían sido saqueadas, sus moradores ultrajados ó muertos; las hordas embriagadas cometían excesos y la campana

(1) Así se designaban a los cacceristas y se conocia á los partidarios del Presidente Iglesias por los azules.

(2) Mestizos.

del templo no cesaba de tocar arrebatado desde la hora del asalto.

Don Gregorio, como una sombra se escurría llevando oculto el maletín bajo el manteo, camino de la casa cural.

El sacristán sobresaltado por la tardanza del cura, lo esperaba nervioso. Le dió las buenas noches y se retiró a dormir después de atrancar el portón.

El párroco, echó dos vueltas de llave y fatigado, mas que por sus años, por las emociones de la tarde, se dejó caer sobre un canapé de crín, quitándose el manteo y colocando con cuidado el maletín que encerraba los secretos del maestro de escuela desaparecido del pueblo a raíz de su pérdida.

Era preciso investigar para descubrir el paradero de su dueño y entregarlo y por eso no trepidó en abrirlo cuidadosamente.

A la luz de una lámpara se puso a examinar el misterioso maletín.

Un voluminoso fajo de papeles atados con una cinta rosa, fué lo primero que encontró, después un estuche de terciopelo carmesí: abrió el estuche y resplandeció la condecoración del «Busto del Libertador», con no poca sorpresa tiró de una cinta de moaré y apareció una *banda* presidencial con los colores de la Gran Colombia.....

Un rayo de luz iluminó en la mente del sacerdote el misterio del maestro Domingo: esos objetos eran de él, le pertenecían, luego ese hombre superior los había llevado. Ese proscrito había sido presidente de una república hermana. No cabía duda en presencia de estas pruebas.

Examinó los papeles. Eran cartas de algunos personajes americanos, autógrafas de otros presidentes, que comenzaban con el ritual vocativo de *grande y buen amigo*. Entre esos papeles había una partida bautismal

Don Domingo no era don Domingo: era el hijo legítimo de un prócer de la independencia y de la distinguida dama caraqueña Z. . Al leer esto último palideció enormemente el sacerdote.

Un mundo de recuerdos dormidos en el fondo de su alma, desfilaron como espectros del pasado ante sus ojos espantados.

Una miniatura de mujer hermosa con dedicatoria a su hijo, le discipó toda duda. Fué entonces que como en cinta cinematográfica su pensamiento le reprodujo la campaña contra el Ecuador del año 59, su entrada triunfal a Guayaquil al frente de su compañía de ca-

ballería, sus furtivos amores con la joven esposa del vencido comandante colombiano Z. .su desafío con éste que recibió mortal lanzada.....

La luz se hizo en su espíritu y temblando de emoción y de dolor, con los ojos cuasi salidos de sus órbitas, los blancos cabellos pegados por el sudor a las sienes, exclamó con voz sorda: mi hijo!... y cayó pesadamente su cabeza sobre sus manos y en la amplia sala cural, ante el Crucifijo de marfil de la mesa, que parecía palidecer ante la escena, lloró largo rato el anciano ex-capitán de lanceros, lágrimas de sincero arrepentimiento, hasta que así lo sorprendieron las primeras claridades del alba.

Los locos devaneos de su juventud gloriosa los había pagado con largos años de penitencia y con estas horas de supremo dolor.

La herida cicatrizada se abría repentinamente ante la imagen de la mujer locamente amada y ante la imagen divina del Cristo de marfil que parecía perdonar a su ministro, su pasado pecador... ..

Ese humilde maestro de escuela, era un proscrito, había sido un presidente derrocado por los ultramontanos de su tierra y si amaba al Perú, era porque por sus venas corría sangre peruana.....

*
* *

Grandes paños negros cubrían las paredes de la severa capilla ardiente, donde se velaba el cadáver de Alberto.

Una atmósfera de duelo envolvía la estancia. Los que entraban a ella se deslizaban silenciosos cual sombras que temieran despertar al que entre rosas dormía el sueño eterno.

Algunas mujeres de riguroso luto devoraban en silencio sus lágrimas y su dolor. Cuando éste es intenso gusta del recogimiento. El ruido es una profanación.

El ave herida en el corazón no grita: se debate sin alarde. El dolor mudo es el mas grande de los dolores. Maria siguiendo a su Divino hijo por la calle de la Amargura, no lanzaba ayes, ni gritos. Tampoco los lanzaban la madre, ni la hermana, ni la novia de Alberto.

*
* *

En el Cementerio del Ingenio, siguiendo por una calle no muy

larga a cuya vera se levantan melancólicos cipreses y sauces llorones, antes de llegar al campo santo donde cruces de tosca madera señalan el lugar en que reposan muertos ya olvidados, se destaca "la Capilla de las rosas", así llamada porque sus paredes cuasi cubiertas de enredaderas silvestres, ostentan cual hermosa decoración grandes rosas blancas, de un blanco pálido, blanco inmaculado de sepulcro.....

A esa Capilla, solían ir Alberto y Luisa diciéndose ternezas a jurarse amor eterno, ante la imágen de la Virgen del Pilar, conocida en la hacienda por la «Virgen de las Rosas».

Al pié de la hornacina de esta Virgen estaba enterrado el cadáver del señor Pérez, junto a él enterraron al joven Alberto.

La adversidad, como el dolor, tiene la virtud de unir las almas grandes, tanto como el amor verdadero.

Luisa no abandonó un instante a la que debió ser su madre y con ella fué a llorar al bien amado, al lugar mismo en que tan risueños días pasara.

Todas las mañanas, muy temprano, se encaminaba a la Capilla de las rosas y regando con las perlas de su llanto las flores que colocaba sobre la tumba fresca, elevaba sus plegarias al Dios de misericordia.

Al medio día, pasadas las primeras semanas de recogimiento, solía ir al pueblo a visitar la cárcel y el hospital donde era considerada como el ángel de la Caridad.

Al atardecer tornaba a la Capilla, a alimentar la lámpara que día y noche ardía y cual celosa vestal cuidaba.

*
* *

La revolución triunfante esa tarde, fué sofocada: Cochachin cayó prisionero, muchos de sus secuaces murieron en la refriega ó fueron también hechos prisioneros junto con el titulado «Comandante general de los guerrilleros» y trasladados a la cárcel de Provincia.

Son por lo general esas cárceles, caserones inmundos, destartados e inseguros. La carne de presidio se aglomera en promiscuidad nauseabunda y dolorosa: el cuatrero empedernido, el descarado estuprador, el asesino y el ladrón, se codea con el preso político y

hasta con el detenido por meras faltas o con el que por odio de cacique o político influyente tiene la desgracia de caer en ese antro, en que el crimen y el vicio se dan la mano y viven en repugnante maridaje.

Dentro de esas cuatro paredes todos los días son iguales: a las seis de la mañana sale la manada humana de las infectas cuadras donde ha pasado la noche y recontada por el jefe de la guardia y el *Alcaide*, se desparrama por el «*pampon*».....Como no hay talleres, entregados al ocio, vagan forjando planes de evasión, cuando no contando sus hazañas que son lecciones objetivas para los «*novatos*». A las seis de la tarde después de nuevo recuento son encerrados como el rebaño en el redil.....

El mayor porcentaje de presos lo dá la raza indígena, porque el mestizo influyente rara vez entra. Los padrinos que tiene son una especie de pararrayos protector y eficaz, que siempre lo salva dejando impunes los delitos que comete. La ley-salvo raros casos y honrosas excepciones-en nuestro país, se ha hecho para el desgraciado, para el que carece de influencias, para el indio analfabeto que afuera o adentro es el expoliado, la mercancía fácil y barata del juez de paz, del cura, del alcalde, del gobernador y hasta del gendarme.....

En esa cárcel, igual a todas las otras cárceles del Perú, se encontraba todavía detenida Juliana, la protegida de Luisa: nada pudo la justicia contra la injusticia de que era víctima. Una montaña de papel sellado la abrumaba: se la acusaba de encubridora del robo de un novillo y la dilación de los trámites judiciales de un lado, la mala voluntad del gobernador para hacer comparecer a los testigos de otro y hasta las *marrullerías* del escribano que a cada paso quería plata y mas plata, fueron otros tantos cerrojos que le aseguraban las puertas de la cárcel.

En ocasiones estableba diálogos como este:

—¿Cómo sigues Juliana?

—Mal, mamacha. Creo que moriré en esta prisión dejando a mis hijitos en el abandono; anoche *chacché* y mi coca amargaba y eso es mal agüero..... y la pobre presa abría su corazón y le contaba sus miserias y las de sus compañeros de cautiverio, que la niña oía con curiosidad mezclada de pena al contemplar la crasa ignorancia de e-

sas gentes que de muy buena fé creen que cuando se pone una piedra en la mano del cádaver de la víctima, se defiende en la otra vida al encontrarse con su victimario; que hay que cortar el pelo del que muere de mala muerte, para que no se condene.....

Con un pueblo grocero e ignorante, lleno de supersticiones que nadie trata de destruir, es imposible que el Perú adelante, pensaba Luisa. ¡Cuántas cárceles se cerrarían si se abrieran mas escuelas; se decía la pobre niña; cuántos crímenes se evitarían!..... y el pensamiento veloz, incontenible, le traía a la memoria la terrible escena del 21 de junio y en su desesperación culpaba a los malos gobiernos. ¡ay! y sabe Dios con cuánta razón lo hacia a los falsos ministros del Señor, que no saben o no quieren hacer el bién con el ejenplo, a los maestros que no intentan formar los tiernos corazones que se les confian, a las madres que no saben *educar* a sus hijos y ante la severa mirada de la niña tierna y pura, pasaba esta sociedad descompuesta, con hedor de cádaver, camino del desastre y de la ruina, arrastrando su podre y exhibiendo sus úlceras, como un Job irredimible.....

*
* *

Un dia supo por Juliana que Cochachin habia sido fusilado (1), lo que la apenò grandemente.

Por el pueblo se esparció la noticia de la muerte violenta del doctor Lanzaфирme, quien cuando concurría al Tribunal, recibió repentinamente la nueva de la sublevación de los indígenas y la horrorosa muerte de su hijo Ricardo, despedazado por el odio implacable que sembró con sus expoliaciones en el corazón de esas gentes.

El ex-escribano Doroteo Chupatinta, después *tinterillo* notable del pueblo de X..... entregaba su alma a la Justicia Divina, por aquellos días, en el hospital de San Juan de Dios.

Vinculado con los Lanzaфирme, acompañaba en calidad de secretario a Ricardo, que se dirijia a la Prefectura de Ancachs, trasladado de Apurimac, cuando estalló el movimiento indígena que conocemos y aun que logró salvar de la matanza, recibió varias heridas que se infectaron. Lejos de su pueblo, luchó entre la vida y la muerte varias semanas hasta que la gangrena le llegó al corazón.

[1] Cochachin fué fusilado en Casma el año 1.885 cuando la sublevación de la indiada de Ancachs.

Como no dejó herederos, sus bienes, aquellos que amazó con las lágrimas de tanto infeliz pasaron a la Beneficencia y por esa ley fatal de compensación, que existe en la vida, volvieron a los pobres a quienes un tiempo pertenecieron.

*
* *

La mejoría que había experimentado Luisa, al principio de sus castos amores, sufrió natural retroceso.

Llevaba en sí el germen del mal y no tardó la fiebre en volver a trabajar su delicado organismo sacudido por el dolor.

Un día faltó a su cotidiana visita a la «*Capilla de las rosas*», éstas no recibieron su diario bautismo de amor, la lámpara no se encendió. ¿Qué había sucedido?

Luisa, había caído en cama: su mal no tenía remedio.

La Ciencia por boca del galeno que la había reconocido, la desahució: solo la Religión tenía lugar cerca del lecho donde blanca y pura, como una azucena de la montaña, caía otra víctima de la aciaga revuelta.

Don Gregorio recibió la última voluntad de Luisa, que consistía en la suplica que hacía a la atribulada madre de Alberto, de hacerla enterrar al lado de su hijo.

Quería dormir el sueño eterno al lado de aquel a quién el Destino se lo arrebatara.

¡Eran las nupcias de la Muerte!

Las rosas pálidas cubriendo esa rosa en botón, mas pura y mas fragante que toda esa hermosa floración de rosas!

Así se hizo.

Desde entonces los supersticiosos hijos de esos campos creen ver en ciertas épocas del año, salir de la Capilla de las rosas, dos sombras blancas, que, alargándose poco a poco, llegan hasta la cima del mas alto de los montes, donde se confunden con el blanco inclemente de las nieves, alumbradas por la luz de la reina de la noche; los perros ahullan medrosamente; las lechuzas lanzan su lúgubre grito desde la copa de los árboles, y las viejas al amor de la lumbre, refie-

[1] Cochachin fué fusilado en Casma el año 1.885 cuando la sublevación de la indiada de Ancachs.

ren a sus nietos la historia de ese amor desgraciado, que muchas veces oyeron contar al nonagenario don Gregorio.....

Conclusión

El tiempo ha corrido velozmente. Han pasado algunas decenas de años. El turista que visita la América del Sur queda asombrado al contemplar grandes ciudades andinas, emporios de riqueza y de cultura, a donde llega en cómodos "pulman".

El jadear incesante de las fábricas revela pulsaciones de vida, los penachos de humo, como oriflamas de trabajo se desvanecen cerca de las nieves eternas. El indispensable cicerone satisface las preguntas del turista.

—¿Dónde están los indios conductores de llamas?

—Ya no hay, señor, responde. Eso fué antiguamente: las llamas se crían en las punas en grandes manadas para aprovechar de su lana. Ya no sirven de elemento de transporte; el automóvil les ha quitado ese oficio. El indio carguero, con ojotas, calzón corto, poncho multicolor y cónico sombrero de lana de oveja, tampoco existe, se ha transformado en ese robusto obrero que vá guiando ese carro cargado de frutos y el cicerone señala la amplia carretera por donde pasan como una exalación los autocamiones sonando sus bocinas.....

—¿I ¿el pueblecito de X?

—Es precisamente esta ciudad que hoy tiene cien mil habitantes. Y el viajero entre incrédulo y asombrado recorre las amplias avenidas bordeadas de suntuosos palacios. De uno de ellos vé salir una parvada de alegres chiquillos

—¿Qué es eso? pregunta y el cicerone contesta laconicamente: una escuela primaria.

Este es ahora el Perú.

Los tipos del desarrapado maestro de escuela, del abusivo gendarme, del tinterillo provinciano, del juez de paz, del gamonal, han desaparecido. Se les estudia como una curiosidad en las telas o en los libros de época pretèrita.

Sin volver de su asombro al ver que sobre los picachos del Ande vuelan en todas direcciones gigantescos pájaros asordando con el sumbido de sus motores, dice: ¿es así como está el Perú?

—Sí señor, responde con orgullo el cicerone.

—¿Cómo ha podido en tan poco tiempo transformarse esta nación? insiste en preguntar el turista.

—Por el esfuerzo de sus hijos, replica el cicerone.—La generación que despertó a la vida con las clarinadas de la invasión extranjera, laboró pacientemente después del desastre; sufrió mucho es verdad; pero el resultado lo vemos, los frutos los cosechamos los nietos de los vencidos. Han desaparecido las oligarquías, se ha educado al indio, se han dado leyes que garantizan el derecho de todos, del obrero, del niño, de la mujer, cada cual se ha hecho bueno interiormente, en el congreso nacional se sientan junto con los representantes de los grandes departamentos del Oriente, los representantes de Tarapacá, de Arica y Tacna y esto es el resultado del esfuerzo de todos y cada uno de los peruanos y en especial de la labor silenciosa de los maestros de escuela.....Estamos en vísperas de celebrar el centenario de una gloria americana: el 2 de mayo de 1866, refrendada con la sangre del patriota cajamarquino José Gálvez, y en la capital de la República se congregarán los delegados del Congreso Americano, con que soñara un día el gran Bolívar.....

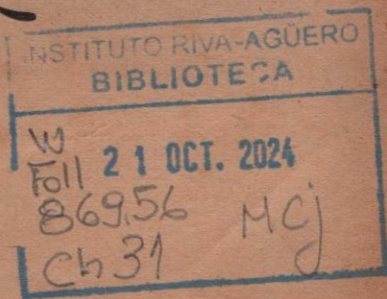
El turista apunta en su libro de notas:

“El Perú la mas grandey próspera de las repúblicas sur-americanas, rivaliza en poderio con los estados unidos de norte-américa, tiene cien millones de habitantes, lo rige un gobierno liberal, su marina mercante pasea todos los mares llevando los productos de este gran pueblo que supo levantarse del polvo de la derrota y recobrar su antiguo esplendor de gran Imperio”.....

FIN



MPRENTA "EL HUALLAGA"



ERRATAS MAS NOTABLES

dice.....	debe decir	pág.	línea
defento	defecto	10	3
señores	señor	12	21
abía	sabía	13	33
muchísima	muchisimas	23	27
Luilsa	Luisa	28	25



W/Foll
869.56
Ch31

